Carl Gustav Jung

Encontrar al "otro" en el camino

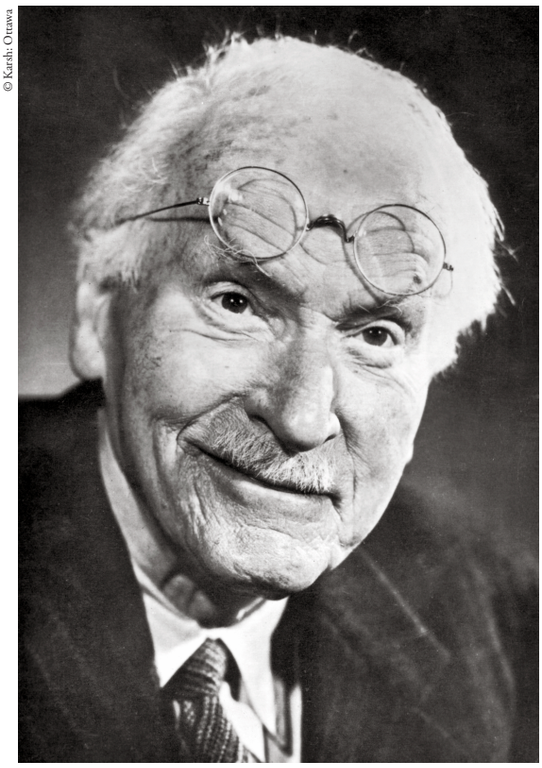
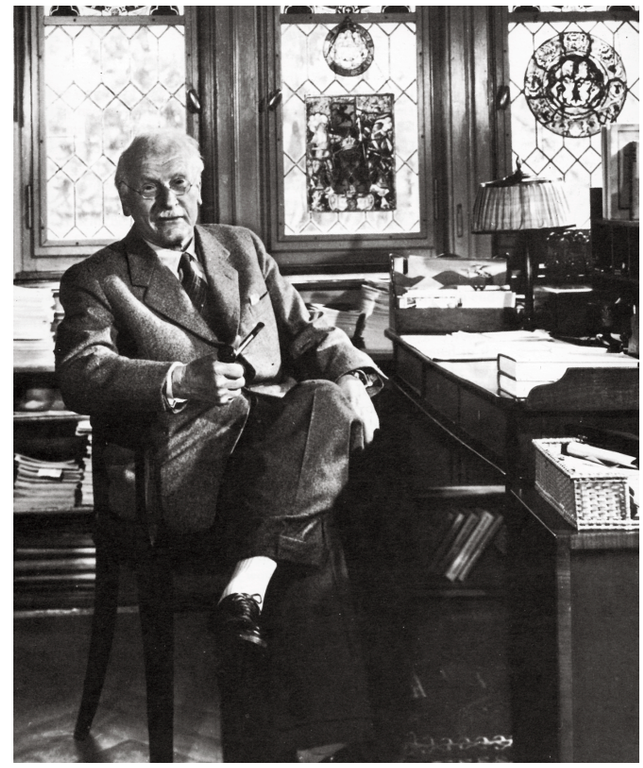
Ignacio Solares

El psicoanálisis fue uno de los primeros intentos por establecer una cartografía de la mente y la imaginación humanas. Freud y Jung fueron los arquitectos de un proyecto que continúa hasta nuestros días. Símbolo o lenguaje, sexo o religión, lo sagrado y lo profano son vértices de la discusión psicoanalítica. Ignacio Solares se introduce en el pensamiento de Jung para descifrar algunos de sus rasgos e ideas más característicos.

En una carta de 1909, Jung le reconoce a Freud que la principal limitante en su psicología es el lenguaje. "Qué dificultoso poner en orden las palabras, utilizarlas para transmitir algo tan vaporoso como ideas o sueños". Poco se ha atendido este punto, muy de fondo, de la diferencia entre los dos principales creadores del psicoanálisis. Fondo es forma —sobre todo en una ciencia como ésta— y el mensaje es y está en el estilo mismo de la exposición. A partir de Freud y Jung, la psicología ha trabajado muy especialmente en este terreno, hasta llegar a los excesos de Lacan: "el espíritu mata y la letra vivifica", o ésta, admirable; "el inconsciente es el discurso del Otro". Por eso la forma del discurso es, ya, lo Otro.

Mientras que a Freud se le puede leer por el puro placer (además de contar con una traducción admirable al español, la de Luis López Ballesteros y de Torres, a la que el propio Freud le reconoció su excelencia), a Jung hay que entrarle con resignación y parpadeos constantes, por mejor que sea la traducción (y las hay muy buenas). Fromm decía que para leer a Jung había que tomar antes la mayor cantidad posible de aire, porque la zambullida era profunda. Más que profunda, diríamos farragosa. En verdad, "qué dificultoso poner en orden las palabras"; frase que Freud hubiera escrito exactamente al revés: en su estilo no sólo resalta la facilidad y la transparencia, sino la poesía. Algunos de sus descubrimientos —deslumbrantes todos— más parecen surgidos del alma de un poeta que de la de un científico, reservado y objetivo. "¿Podría entenderse la ciencia del psicoanálisis sin la pasión romántica de su creador?", escribió Thomas Mann.

En Jung, en cambio, hay un cierto enmarañamiento que abruma. Pero ello no evita que, una vez en el fondo del agua y con la respiración contenida, lo que nos mues-



© Karsh: Ottawa

Carl Gustav Jung

tra Jung resulte esclarecedor. El estilo de Freud es directo y transparente —sus casos se pueden leer como novelas y algunos de ellos incluso han sido llevados al teatro y al cine—, pero lo que esconde y dice finalmente resulta complicadísimo de comprender y descifrar (piénsese nomás en toda la simbología sexual y en su aplicación a nuestra realidad, o en aquel comentario demoledor de Bernard Shaw: "Todo esto que leí de Freud está muy bien escrito y es muy brillante, pero por Dios, quién en sus cinco sentidos puede sentir el más mínimo deseo de acostarse con su madre"). Jung es duro de penetrar, pero adentro de su psicología imperan la transparencia y el sentido común, incluso en los trabajos sobre la alquimia, los arquetipos o el inconsciente colectivo: algo que en verdad todos sabíamos que existía pero que requería de la formulación de un escritor de talento para su aposentamiento definitivo en el mundo: "Hay componentes psíquicos arcaicos que han entrado en la psique individual sin ninguna línea de tradición directa". O esta otra, verdaderamente estremecedora: "Tengo la viva impresión de que estoy bajo la influencia de cosas o interrogantes que quedaron sin respuesta para mis padres y abuelos".

Lo dicho significa que es mucho más fácil que el lector común (iba a escribir el médico común) acceda a Freud —directamente o por intermediarios— que a Jung, pero esto en nada descarta la validez y la actualidad del psicólogo suizo. Por ejemplo, resulta sintomático que Jung haya sido el inspirador de los grupos de Alcohólicos Anónimos, el único sitio hasta ahora con algún resultado positivo en la cura del alcoholismo, y adonde los propios médicos remiten a sus enfermos. "La terapia primordial y más eficaz consiste en decirle a alguien como uno aquello que se padece conjuntamente", le escribió a Bill W., cofundador de los grupos. El psicoanálisis y la psiquiatría muy poco, casi nada, han logrado en este sentido. ¿Por qué? Quizás una primera respuesta nos la dé la carta misma que le envió Bill W. a Jung sobre el caso de otro fundador de los grupos de Alcohólicos Anónimos, y al que llamaban (hay que recordar que tomaban muy en serio lo del anonimato) Roland H.:

> Habiendo agotado otros medios para su recuperación (fue más o menos en 1931), Roland H. se acercó a usted, se convirtió en su paciente y permaneció bajo su custodia más o menos por un año. La admiración que sintió por usted fue infinita y base de todo lo posterior. Sin embargo, para la gran consternación suya pronto Ronald H. volvió a beber y en forma creciente, hasta intoxicarse del todo. Se alejó un tiempo, como era inevitable, y luego regresó, convencido de que era usted su último refugio y fue una de aquellas conversaciones que entonces sostuvieron la que dio lugar al nacimiento de lo que hoy conocemos como Alcohólicos Anónimos, que tantas vidas ha salvado, y que tantas tragedias ha convertido en su signo más opuesto y trascendente. Mi recuerdo del relato de esa conversación entre ustedes es como sigue: primero que nada, usted le habló francamente de su desesperanza con respecto a cualquier tratamiento médico o psiquiátrico. Esta declaración suya, tan sincera y humilde, fue sin duda alguna la piedra angular sobre la cual se ha construido nuestra sociedad. Viniendo de usted, en quien tanto confiaba y a quien tanto admiraba, el impacto debió de ser inmenso. Cuando en-

tonces él le preguntó si había alguna otra esperanza, usted le dijo que podría haberla si llegaba a ser objeto de una verdadera experiencia espiritual y religiosa y si, además, en el camino encontraba a un "otro" a quien pudiera ayudar en lo mismo; en resumen, una verdadera conversión.

Ésta es la respuesta de Jung:

Estimado señor W.:

Agradezco su carta verdaderamente. No volví a recibir noticias de Roland H., y a menudo me preguntaba qué había sido de él. Nuestra conversación, que él había relatado adecuadamente a ustedes, tuvo un aspecto que él no conocía. La razón que tuve para no decirle todo es que en aquellos días yo debía ser extremadamente cuidadoso con lo que decía, pues me di cuenta de que mis declaraciones eran interpretadas erróneamente. Por ello debí ser muy cauto cuando hablé con Roland H. pero lo que realmente pensaba fue el resultado de variadísimas experiencias con hombres en su situación.

Su deseo vehemente de alcohol era el equivalente, a un bajo nivel, de la sed espiritual de nuestro ser por la integridad; expresada en lenguaje medieval: la unión con Dios.

(Cómo puede uno formular tal percepción en un lenguaje que no sea malinterpretado en nuestros días).

"Como jadea la sierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios" (Salmo 42.1).

La única forma correcta y legítima para tal experiencia es que ésta le ocurra a usted en realidad y solamente puede suceder cuando usted transita por el sendero que lo conduce a un sentimiento más alto. Puede ser conducido a dicha meta por un acto de gracia o por conducto del contacto personal y honesto con amigos o a través de una educación superior de la mente, más allá de los confines del mero racionalismo. Observo por su carta que Roland H. escogió la segunda vía, la cual fue, bajo sus circunstancias, obviamente la mejor.

Estoy firmemente convencido de que el principio del mal que prevalece en este mundo lleva la necesidad espiritual. Un hombre común, no protegido por una acción de lo alto, y aislado de la sociedad, no puede resistir el poder del mal, el cual en forma muy apta se denomina Demonio; pero el uso de tales términos despierta tales errores que lo mejor es mantenerse alejado de ellos lo más posible.

Son estas razones por las cuales yo no estaba en capacidad de dar una explicación suficiente y completa a Roland H., pero me arriesgo a ello con usted ya que deduzco, de su honesta carta, que usted ha adquirido un punto de vista que supera las equívocas trivialidades que uno generalmente escucha en relación con el alcoholismo.

Como ve, el alcohol, en latín, es *spiritus*, y se utiliza la misma palabra para describir las experiencias religiosas más altas como para el veneno más depravador. Una fórmula útil, por lo tanto es *spiritus* contra *spiritum*.

Quedo de usted atentamente.

C.G. Jung

El relato es admirable no sólo por lo que se refiere a Alcohólicos Anónimos —en donde, en efecto, es incontable la cantidad de vidas que se han salvado y las tragedias que se "han convertido en su signo más opuesto y trascendente"— sino a la psicología en general. Reconocerse impotente ante el alcohol, ser objeto de una verdadera conversión religiosa y encontrar en el camino a un "otro" al cual ayudar (y en el cual reflejarse): primeros mandamientos del grupo. Y así, en ese orden en que los propuso Jung; al revés quizá tendrían un sentido muy diferente y seguramente menos curativo. Por supuesto, un buen número de psicoanalistas y psiquiatras torcerían el gesto respecto al segundo mandamiento (cifré mi cura en un poder superior) y dirían que con el primero (reconocí mi impotencia ante el alcohol) basta y sobra y eso en términos médicos se llama terapia grupal.

Es posible —y no es el caso de cuestionar aquí los logros del psicoanálisis tradicional— pero también es cierto que eso que Bill W. llama "una verdadera conversión" es consustancial a la cura en los grupos de Alcohólicos Anónimos y tiene un fundamento en la psicología jungiana: "En cuantos casos de depresión grave que atendí, era evidente que la falta o la pérdida de la fe o de un sentimiento religioso inicial o aun infantil jugaba un papel preponderante". Porque "habría que entender la neurosis como un desacuerdo básico con uno mismo, con lo que se ha sido, con lo que se es y, sobre todo, con lo que se puede llegar a ser aquí y ahora y aun más allá". Y esto lo extiende aún al propio padre del psicoanálisis:

> Freud nunca se preguntó por qué se veía obligado a hablar del sexo continuamente, por qué esta idea había tomado posesión de él. Nunca se dio cuenta de que su monotonía de interpretación expresaba una huida de sí mismo, o de la otra parte de él que podía llamarse religiosa, y que sin lugar a dudas tenía.

Lo cierto es que al final de su vida, Freud pareció darle la razón a Jung y en 1921 escribió en *Psicoanálisis y telepatía*: "Ya no es posible despreciar el estudio de los hechos ocultos".

Sexo vs. ocultismo

Ah, pero las primeras fricciones —y hasta el rompimiento final— entre Freud y Jung fueron, tenían que ser sobre el ocultismo y todo lo que sonara a paranor-

mal; época inicial, prejuiciada y determinista de Freud en que la medicina ha intentado enclavar al psicoanálisis. En 1909, Jung y su esposa Emma visitaron a Freud en Viena y allí ocurrió el famoso incidente del "fantasma de la biblioteca". Freud, decíamos (apuntado ya en mi texto "Freud y la telepatía"), era en ese entonces escéptico respecto al tema.

> Mientras Freud exponía sus argumentos yo sentí una extraordinaria sensación —cuenta Jung—. Me pareció como si el diafragma fuera de hierro y se pusiera incandescente. Y en ese instante sonó un crujido tal en la biblioteca que se hallaba inmediatamente junto a nosotros que los dos nos asustamos. Creímos que el armario caía sobre nosotros, tan fuerte fue el crujido. Le dije a Freud: Éste ha sido un fenómeno de exteriorización del inconsciente, de los llamados catalíticos.
>
> —Bah —respondió—, eso es absurdo.
>
> —Pues no —le respondí—. Y para probar que tengo razón, le predigo que ahora volverá a oírse inmediatamente otro crujido. Y en efecto, apenas lo había dicho, se oyó de nuevo el crujido en la biblioteca.

La verdad es que Jung estaba en una posición de lo más difícil. Freud tenía una personalidad poderosa y sabía todo lo que hay que saber sobre ciencia, literatura e historia para inspirar admiración incondicional ante un hombre como él, varios años más joven y que intentaba transitar, aparentemente, por los mismos rumbos del maestro. Sin embargo, todo hombre de genio ha de repetir la frase de Blake: "Debo crear mi propio sistema o me veré esclavizado por el de cualquier otro". Jung no podía ser la excepción, muy especialmente ante la presión de Freud:

> Recuerdo vivamente cuando Freud me dijo:
>
> —Mi querido Jung, prométame que nunca desechará la teoría sexual. Es lo más importante de todo. Debemos de hacer de ello un dogma, un bastión inexpugnable… —Me lo dijo como un padre le diría a su hijo: "Todos los domingos debes ir a misa…". Algo extrañado, le pregunté:
>
> —¿Bastión contra qué? —A lo que él respondió con ojos encendidos:
>
> —Contra la avalancha negra del ocultismo…
>
> Esto constituyó un rudo golpe para nuestra amistad. Lo que Freud parecía entender por "ocultismo" era, más o menos, todo lo que la filosofía y la religión, incluyendo la parapsicología, que por entonces estaba muy de moda, tenían que decir sobre el alma humana.

El rompimiento era pues inevitable (aun hoy lo es, con otros nombres y en muchas otras disciplinas). Después de separarse de Freud, comenzó para Jung una época de inseguridad interior, de desorientación incluso en su propio trabajo. ¿Qué hacer con sus pacientes —ya para entonces tenía un gran prestigio— si relativizaba el sistema con que debía curarlos? Literalmente el mundo se le venía encima, como él mismo dice:

> A menudo sentía como si un alud de gigantescos bloques de piedra estuvieran cayendo sobre mí. Una tempestad seguía a otra. Resistir a esas tormentas era un asunto de fuerza bruta. Otros sucumbieron ante ellas, como Nietzsche o Hölderlin.

Jung había tratado suficientes pacientes que sufrían alucinaciones como para saber que su propia salud mental estaba en peligro. "Pero había en mí una fuerza salvaje y desde el principio no tuve la menor duda de que debía encontrar el sentido de mis fantasías. Cuando sufría estos asaltos del inconsciente, tenía la inquebrantable convicción de que estaba obedeciendo a una voluntad superior, y este sentimiento continuó sosteniéndome hasta que hube dominado la situación".

Jung tenía la suerte de ser psiquiatra y de contar con sus propios pacientes "como espejo", en el sentido que él mismo le dio a la fundación de Alcohólicos Anónimos: encontrar en el camino a "otro" al cual ayudar. Debió aplicar a sí mismo lo que predicaba: una verdadera conversión, un ir más allá del problema, un entregarse en manos de un poder superior, que en su caso dio lugar además a la formulación del inconsciente colectivo. Así que decidió dejar de luchar contra ellas y valerosamente —"el pánico es ya la derrota"— transitar por donde quisieran sus fantasías. En diciembre de 1913 estaba sentado a su escritorio:

"Entonces me dejé caer. De pronto fue como si la tierra se hubiera abierto bajo mis pies, y me sumergí en sus oscuras profundidades. Primero imperó el miedo, pero luego, bruscamente, a no excesiva profundidad, aterricé de pie sobre una masa blanda y pegajosa. Sentí alivio a pesar de que la oscuridad era total. Al poco tiempo mis ojos se fueron acostumbrando a la penumbra, que parecía más bien un crepúsculo". Y Jung se encontró frente a la entrada de una caverna, por la que avanzó chapoteando sobre un agua densa. Al fondo vio un cristal rojo resplandeciente. Lo levantó y se encontró con que abajo era hueco y pasaba un riachuelo en el cual flotaba el cadáver de un joven rubio con una herida en la cabeza. Le seguía un escarabajo negro gigantesco —símbolo del (su) renacimiento.

Mencionamos, muy condensada, esta fantasía de Jung —con los ojos abiertos y sentado a su escritorio, hay que recordarlo— para que se vea la estrecha relación que existe con el síntoma más grave del alcoholismo: el *delirium tremens*, del que Jung dijo: "Los símbolos —ángeles y demonios, alimañas, animales en general— están

ahí, en el inconsciente colectivo, y el alcohol no hace sino bajarlos”, la mejor definición que se ha hecho sobre el tema porque basta atender un cierto número de casos para comprobar la extraña coincidencia de esos símbolos en personas de diversos estratos sociales y con inclinaciones religiosas o sociales antagónicas. Pero lo mismo podría aplicarse a las fantasías en general y el autoanálisis de Jung incluyó la zambullida en lo más profundo de sí mismo… ¿y de todos? La perla que rescató de las aguas fangosas de su inconsciente —¿y el de todos?— la resumió en una palabra: fe, que vence al miedo, que vence a la individualidad, que vence a la enfermedad, que vence a la muerte.

Llevó el experimento hasta sus últimas consecuencias y se construyó un torreón cerca de su casa, en donde pasaba largas temporadas casi sin salir.

> En mi torreón de Bollingen es como si viviese en muchos siglos y con todas las ventanas abiertas al pasado y al futuro. Si un hombre del siglo XVI se instalase en esta casa sólo serían nuevas para él la lámpara de petróleo y las cerillas. El resto le sería familiar. Aquí, en mi refugio, nada molesta a los muertos, ni la luz eléctrica ni el teléfono. Y las almas de mis antepasados perviven en la atmósfera espiritual de esta casa y le doy respuesta a cuestiones que dejaron pendientes en su vida. Incluso las he esbozado en las paredes en forma de cuadros. Es como si una gran familia silenciosa, que se extiende a través de los siglos, poblara la casa. Allí vivo con ellos, tranquilo, y sé que algún día estaré con ellos y veo cómo transcurre y pasa la vida.

De esos viajes al inconsciente colectivo, Jung no sólo extrajo información para la ciencia médica que practicaba, sino que parece haber entrevisto algunos de los caminos por los que debemos transitar en este nuevo siglo. Así, profetizó que las olas de racismo se darán aproximadamente cada cincuenta años y que serán irremediables las conflagraciones (en mayor o menor escala) por este motivo. Dijo que apenas se liberara a Alemania del yugo que le impuso la derrota en la Segunda Guerra Mundial, volvería a manifestar sus tendencias racistas, aun con mayor fuerza. Previó el auge de las drogas y la homosexualidad en la segunda mitad del siglo y aún en el inicio del próximo porque “habrá empezado la reconciliación con el demonio”. También habló de la cuaternidad en la religión cristiana, que implicará la integración de la figura femenina, a través de María, a la Santísima Trinidad, lo que conciliaría lo humano, en su sentido más profundo, con lo religioso. Dijo que la ciencia del siglo XXI será la parapsicología y que los resultados en ese terreno serían hoy —y lo escribió en los años veinte— inconcebibles.

En una ocasión, Jung sufrió un infarto masivo al miocardio. Lo mantuvieron vivo a base de oxígeno e

inyecciones de alcanfor. Pero él atravesó una frontera, según dijo después. Tuvo ese tipo de visiones que experimentan las personas que han estado suspendidas entre la vida y la muerte. “Noche tras noche flotaba en un estado del más puro éxtasis”. Cuando la mañana se acercaba, se entristecía: “Ya se acerca nuevamente la mañana gris; ya viene el mundo con su prisión insufrible”. A medida que se fue recuperando físicamente, las visiones fueron cesando. Pero en realidad Jung no las consideró visiones, sino una forma de penetrar en la “otra” realidad, en la “verdadera” realidad: “No fueron producto de mi imaginación o algo parecido a una alucinación; fueron algo absolutamente real”.

Franz Jung, su hijo, escribió un texto en el que recuerda el día de la muerte de su padre, el 6 de junio de 1961. Casi al tiempo que agonizaba se desató una gran tormenta. Y apenas diez minutos después de muerto, un rayo hendió del todo el alto chopo que Jung mismo había plantado —y regado y visto crecer— afuera de la casa y del que, decía, era además de su árbol predilecto su interlocutor por las largas horas que meditaba sentado a los pies del ancho tronco. ¿Una última demostración de su poder para exteriorizar el inconsciente y que en la biblioteca de Freud provocó un crujido incomprensible en el librero —y que Jung repitió a voluntad—, causa de la primera fricción entre los dos grandes creadores del psicoanálisis por el tema del ocultismo? ¿Una última señal para recordarnos quién tenía razón?